SUPLEMENTO INFANTIL
DE
# EL BIEN PÚBLICO

Año IV | Mahón 24 de Julio de 1930 | Núm. 380

## Alargue usted su vida

*El hombre que desde niño lleva una vida activa y metódica, puede alcanzar una vejez sana y alegre.*

El único camino de prolongar la vida es conseguir mayor cantidad de vida, vivir de una manera más completa y hacer uno mismo más fuertes todas las partes de su organismo.

El cuerpo no es lo mismo que una cadena de hierro cuya resistencia depende de su grosor. Cualquier clase de debilidad del cuerpo es factible de irse desarrollando en un defecto que al fin y al cabo será la causa de nuestra muerte.

No merece la pena vivir muchos años, si no se viven con salud y no se conservan energías para la vejez.

La actividad es la ley de la vida. La inactividad, la causa de la muerte. Pero no basta con la actividad, sino que es necesario mantener el cuerpo vigoroso para realizarla.

La debilidad es un crimen. Nadie tiene excusa de ser débil, como nadie la tiene para morirse de hambre cuando posee a mano gran cantidad de alimentos. Porque si uno tiene suficiente vitalidad para defenderse de cualquier clase de enfermedad, más posee todavia para aumentar el vigor de la salud.

No hay enfermedad que no tenga su causa, y si ésta se va eliminando, el cuerpo va, gradualmente, curándose a sí mismo. Porque la enfermedad no es un designio de Dios, como fanáticamente se cree, sino el resultado de la propia desidia o ignorancia. La salud y la fortaleza son condiciones naturales del hombre y solo se pierden cuando no se hace la vida de acuerdo a las leyes de la naturaleza. Los millares de muertos anualmente por consunción, debilidad general, perturbaciones del corazón, etcétera, se hubiesen curado de seguir los métodos racionales de higiene. Los hombres pierden su vida prematuramente, por exceso o falta de ejercicio, por abuso de alimentos debilitadores, por disipación de fuerzas lo mismo en placeres que en trabajo, por las bebidas alcohólicas y por mil causas igualmente terribles.

La triste verdad de todas estas estadisticas en los últimos cien años es que no tienen probabilidades de alcanzar la longevidad la mayoría de los que cumplen cincuenta años.

Es, pues, desde la infancia que hay que cuidar por la prolongración de nuestra vida, sometiendo los niños a un método higiénico de alimentación y a un constante y ordenado entrenamiento de cultura física, que se ha de seguir en la juventud por medio del cultivo de deportes y de largos paseos al aire libre, sin abandonar el régimen alimenticio propio de cada edad.

Solo de este modo se alcanzará una larga vida en que la vejez no será una carga, sino una prolongación de la juventud, alegre y sana.

Sugerente es el grabado del viejo nonagenario, que, por haber seguido toda su vida las leyes de la naturaleza, se permite el lujo de cuidar a su nieta, que no ha cumplido aquellos mandamientos y está postrada en un sillón, mientras él se dispone dignamente a ser centenario.

Este es un ejemplo aleccionador. Todo el mundo puede, sin embargo, hacer lo mismo que ese anciano, que, a pesar de su avanzada edad, se mantiene con la fortaleza física necesaria para alcanzar los cien años. Si se siguieran los consejos que dicta la experiencia, la mayoría de la gente no se encontraría, como al presente, debilitada al promediar la cincuentena. Esos consejos son los que acabamos de enumerar.

Ejercicios continuados y una sana alimentación.

## Los besos a los niños

Esa expresión de cariño, o simplemente de atención hacia los pequeños, que se exterioriza en besos, puede ser altamente perjudicial a las criaturas. El sabio Ramón y Cajal definió el beso diciendo que «es un intercambio de microbios». Tiene mucha razón, y por eso debemos defender a nuestros hijitos de besos extraños, que pudieran serles perjudiciales.

Un célebre doctor extranjero reglamentó los besos en la siguiente forma:

Primero. Besos necesarios, irresistibles, indispensables todos a la causa a que sirven, inspirados por el amor, y entre los que, naturalmente, se cuentan los que dan los padres. Contra éstos la lucha de la higiene fuera inútil y hasta ridícula. Son una institución sólida, casi un sacramento. Deben respetarse.

Segundo. Besos excepcionalmente útiles; en la mayoría de los casos, superfluos. Besos de lujo. Estos, según el citado doctor, pueden ya reglamentarse estableciendo serias economías de cantidad y modo. Entre éstos se cuentan los besos entre hermanos y los de amigas y parientes, que no deben tolerarse sino cuando vienen de personas muy sanas y que sientan realmente afecto por la criatura. Y aún este consentimiento con moderación, y a condición de que no sean dados en la boca.

Tercero. Besos inútiles, estúpidos: todos los demás. Entre ellos cuéntanse en primer término los besos a los animales—¿quién no ha visto a muchas mamás acercar el gatito o el perrito a la boca del niño?—vehículo seguro de gran número dé enfermedades infecciosas y parasitarias. También pertenecen a esta categoría los besos de las vistas «de cumplido», los de personas casi desconocidas y aquéllos que las familias indican a los niños que se den entre sí, al despedirse o encontrarse, en casa o en el paseo

Comienzan tales besos por no ser nunca espontáneos, y ello bastaría y aún sobraría para su reprobación.

El niño no siente casi nunca espontáneamente deseo de besar, como no sea—en casos de precocidad y evidente predisposición a la ternura—a su madre y a su nodriza. En esos besos forzados que por obediencia dan los niños a otros niños—muchas veces desconocidos—con gran dulzura, dan y reciben los gérmenes productores de la difterа, de la tos ferina, de la oftalmía, del sarampión... Claro que todos los besos incluídos en esta que pudièramos llamar tercera categoría, debían ser abolidos rigurosamente.

CARMIÑA

**T. B. O.**
SEMANARIO INFANTIL
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.
**Precio: 0'10 pesetas.**
Vendese en Mahón en la Librería de *Manuel Sintes Rotger*, Plaza del Príncipe, 17.

CUENTO INFANTIL

## El elefante que se murió de risa

Una jirafa.
Un bisonte.
Una ardilla.

Estos fueron los primeros en llegar a la reunión; después fueron llegando otros animalitos, y, por último, se presentó el elefante, que, como tenía un andar tan torpe y pesadote, pues llegaba tarde a todos los sitios.

Se reunían todas las semanas a fin de hacerse entre si preguntas sobre las cosas que ocurrían en la selva, y sus conversaciones eran siempre muy animadas.

La jirafa, apartada en un rincón, lloraba con desconsuelo; el bisonte, que lo vió se le acercó galante y le preguntó:

—Qué te ocurre, amiga jirafa?

—Que tengo mucha hambre, amigo bisonte—contestó ella sin dejar de llorar.

Entonces el bisonte la miró asombrado.

—¿Cómo es posible que ya tengas hambre si antes te he visto comer mucho?

—Sí, sí; he comido mucho, pero—añadió mientras se miraba tristemente el cuello—lo que he comido, todavía no ha llegado a su sitio.

Con el ruido de la conversación no oían un débil quejido que emitía alguien desde alguna parte.

—¡Ay, ay, ay!

La ardilla fué la primera en notarlo; en seguida se lo comunicó a sus compañeros de reunión, pero por más que miraban y miraban, no veían quién era el que se quejaba, y en tanto se seguia escuchando débil y tristemente:

—¡Ay, ay, ay!

Miró la ardilla en los árboles cercanos; miraron alrededor, y ¡nada!, que no sabían de donde podría salir aquel «¡Ay!», que se oía cada vez más apagadamente.

Pero la ardilla que no dejaba de buscar lo descubrió al fin; hizo levantar una pataza al elefante (que, por cierto, era un elefante muy feucho y antipático) y debajo apareció un lirio silvestre, un pobrecito lirio aplastado por el elefante.

Todos se pusieron tristes al verlo, pero el elefante no sólo no se entristeció sino que hizo casi con la trompa y ¡pum! se lo comió enterito, diciendo:

—Los lirios son exquisitos. Yo me estoy comiendo todos los lirios del valle.

Pero la verdad es que el muy bruto se comía los lirios silvestres porque creía que con eso se hacían más ligeros y finos sus modales.

Una hormiguita que había visto y oído todo y que ya venía observando lo triste que se estaba quedando el valle sin lirios por culpa de aquel elefante comilón, se propuso castigarle, y así, cuando se terminó la reunión montó sobre su lomo.

Cuando el elefante se halló solo, comenzó la hormiguita a hacerle cosquillas metiéndose por sus enormes orejas. El elefante se restregaba contra los árboles, pero ¡cá!; la hormiguita seguía haciendo de las suyas. Después quiso cambiar de sitio y bajó hasta la barriga, y como daba la casualidad de que en este sitio el elefante tenía muchísimas cosquillas, ¡ah! le hubierais visto, ríe que te ríe.

Y tanto y tanto se reía, que al fin no pudo resistir más y cayó patas arriba entre carcajadas, mientras la hormiguita seguía paseándose tranquilamente.

Y fueron pasando varios días, y la hormiguita seguía paseo arriba, paseo abajo por la barriga del elefante, en tanto éste se retorcía de risa.

Hasta que—¡claro!—llegó un día en que el elefante no pudo resistir más, y se murió de risa.

Entonces la hormiguita llamó a sus hermanas, las otras hormiguitas, y entre todas, con mucha paciencia, hicieron una fosa muy grande en la que enterraron al elefante comilón de lirios.

Y al poco tiempo, en aquel mismo sitio, brotaron tantos lirios, que era una hermosura.

ANTONIO MADROÑERO

La madre y el niño

## LOS BAÑOS

Para proceder a un lavado minucioso del niño, el baño es lo más sencillo, lo más rápido y lo más práctico.

Muy rápidamente, la joven madre, un poco asustada en un principio, adquirirá la seguridad y la experiencia necesarias para que la hora del baño llegue a ser para el nene y para ella un placer.

Todos los artículos necesarios deberán prepararse de antemano y colocarse metódicamente a proximidad. Tal es, por ejemplo, una jofainita que contenga agua hervida tibia y algunos trozos de algodón hidrófilo, el jabón, los polvos, el agua de colonia o de espliego, el tubito de vaselina boricada, la ropa de recambio, una gran toalla esponja y la bañera llena de agua, más o menos caliente, según la temperatura y según la edad del niño. Habrá que cerciorarse siempre de dicha temperatura metiendo el codo y no la mano. Una temperatura de 34 grados es buena para el caso.

Después de haber desnudado al niño, o más bien de haber desnudado todo lo que le ata para que se le pueda desnudar rápidamente luego, se le lava la cara con el algodón hidrófilo empapado en agua hervida, no debiendo volverse a mojar el mismo algodón enrollado fina y apretadamente, en forma de cucurucho, servirá para limpiar las narices y desembarazarlas de todo lo que pueda obstruirlas y dificultar la respiración.

Otro trozo análogo servirá para la limpieza de las orejas Después se concluirá de desnudar al niño y se le meterá en el baño, sujetándolo en forma tal, que su cabeza esté sostenida por el antebrazo izquierdo de la madre, y que la mano izquierda de ésta lo enganche por la axila izquierda del niño. Empiécese por enjabonar toda la parte delantera del cuerpo, frotando rápida y minuciosamente para soltar toda parcela de polvo que pueda irritar la piel. Después dése vuelta al niño sobre el vientre, sujetándole siempre la cabeza con el antebrazo. La misma operación se realizará por la espalda. Enjuáguese detenidamente en forma que desaparezca toda la espuma del jabón y sacad al niño para secarlo con la gran toalla esponja. Puede frotársele suavemente para producir una saludable reacción. Una fricción con agua de colonia o con alcoholato de espliego activará la reacción y dará a la piel una resistencia mayor; pero evitad las fricciones alcoholizadas en los niños muy nerviosos. Si hay regiones algo irritadas, untadlas de lanolina buena y después espolvoreadle abundantemente con polvos suaves, como de talco esterilizado, etc.

Después de haber vestido al niño se le cepillará el pelo con un cepillo suave. Se introducirá en cada nariz una parcela de vaselina boricada.

Observación. Los baños deben dársele con rapidez, prolongándose a medida que el niño crezca, y entonces hasta se podrá dejar que juegue dentro del baño con sus minúsculos juguetes flotantes, que constituyen la delicia de los pequeñuelos.

El niño nervioso tomará el baño por la noche. porque le calmará y provocará un sueño más agradable.

En las regiones en que el agua es calcárea, se puede remediar diluyendo en ella un puñado de almidón, que se agrega al baño, o bien introduciendo en el agua un saquito en el que se habrá puesto dos o tres buenos puñados de salvado.

En verano, con los fuertes calores, se podrá tibiar el agua del baño al sol, siguiendo una fricción seca con un lienzo algo duro, o una fricción alcoholizada.

Salvo que el médico disponga otra cosa, vale no dar baños de mar antes de edad de dos años.

DOCTORA OBERLIN

**MACACO**
EL MEJOR SEMANARIO PARA LOS NIÑOS
Veinte páginas de amena lectura, con profusión de ::::::::: grabados :::::::::
PRECIO: **30 cénts.**
Véndese en la Librería de MANUEL SINTES ROTGER, Plaza del Príncipe número 17, Mahón.

Ministerio de Cultura 2011

## La vida de los elefantes

Al gran tamaño del elefante se debe, sin duda, el que desde la época más remota su vida se haya rodeado de innúmeras fantasías, creyéndole mucha gente feroz y sanguinario, siendo así que, por lo contrario, es dócil y manso, respeta la vida de todo otro ser y aun procura no perjudicarle en nada.

El elefante habita siempre en lugares cercanos al agua, de la cual necesita en gran cantidad para satisfacer su sed y para bañarse con frecuencia, dos o tres veces al día al objeto de refrescarse y ahuyentar los muchos parásitos que le atacan. Habita lo mismo en las llanuras calurosas que en altas y escarpadas montañas, a dos y tres mil metros de altitud. Sabe aprovechar todas las condiciones del terreno para trazar sus caminos con gran destreza, siendo una valiosa ayuda no sólo para los exploradores, sino aun para los propios ingenieros, que se han servido de dichos caminos adaptándolos a las necesidades del hombre. Muchas selvas vírgenes del Africa central se han podido explorar gracias a los caminos que en ellas habían abierto los elefantes. Estos caminos suelen siempre conducir de un río o lago a otro paraje donde haya agua.

El elefante contra lo que se cree tiene gran agilidad de movimientos y anda muy aprisa y a buen trote, habiendo manadas de elefantes que en doce horas de diferencia han sido vistas a más de cien kilómetros de distancia. Vive en manadas formadas siempre por una sola familia y en las que no se admite a ningún forastero, y si en alguna ocasión se les acerca algún elefante solitario que haya logrado escapar de la domesticidad del hombre, es inmediatamente expulsado a trompazo limpio. Cada manada tiene un jefe, a cargo del cual corre la vida de toda la familia; este jefe acostumbra ser el el más viejo de ellos, pero cuando por razón de su avanzada edad, no tiene ya la suficiente energía para desempeñar su cargo en la tribu, le sustituye el que le sigue en edad. El capitán guía la banda por los parajes que cree mejores para su seguridad, y cuando van de ruta va siempre delante, llevando la dirección y haciendo las veces de explorador. Si algún árbol se ha torcido o caído, entorpeciendo el camino, él lo separa de un trompazo, dejando así el paso libre a los que le siguen a poca distancia. Generalmente, detrás del guía van un par de machos, después siguen los pequeños, tras de ellos las hembras, y la cola o retaguardia está formada por los otros machos, siempre prestos a repelar un ataque. En todos sus actos, aun en los más insignificantes, siempre es consultado el jefe, cuyas órdenes nunca son desobedecidas, pues el sentido de la disciplina está arraigado entre esos animales.

El elefante es excesivamente miedoso y el más mínimo ruído le alarma y le pone en fuga. No obstante, en momentos de peligro se cuadra y combate contra cualquier animal por fuerte que sea' pues está dotado de enorme fuerza, que radica casi toda en su trompa. la cual esgrime con gran agilidad Nunca ataca si no es atacado y la docilidad y la mansedumbre son sus normas.

El elefante se presta muy bien a la domesticidad, siendo muy empleado en Africa y en la India como animal casi el único animal de transporte empleado, haciendo largas caminatas con la carga sobre los hombros o bien sostenida por la trompa, en cuyo órgano, como hemos dicho, tiene concentrada el paquidermo una fuerza considerable. No obstante, siempre tiende a la vida de libertad, y en muchos casos, por poco que el hombre se descuide, huye y se marcha el pobre elefante a un verdadero calvario, pues en ninguna manada de los suyos es admitido y se ve obligado a vivir solitario, abandonado a su propio esfuerzo y odiado por todos. En cuanto se acerca a sus semejantes es expulsado y aun muchas veces repelido a trompazos, acabando al fin por enfurecerse y atacar a todo lo que encuentra a su paso sea animal u hombre. Estos elefantes son conocidos por los indígenas con el nombre de «roguis», y su presencia es muy temida, pues en su furor no respetan nada y emplean su enorme fuerza en malas acciones, causando mucho daño a los bienes de los agricultores, que organizan la defensa tan pronto como es anunciada la presencia de un «rogui», y procuran matarle cuanto antes.

El elefante es muy inteligente, razona antes de obrar, aprende con suma facilidad lo que se le enseña, y tiene gran memoria para recordar lo que aprende, empleando en muchos casos la experiencia. En los circos, donde muy a menudo le vemos, sus domadores les adiestran con gran sencillez, pues este animal comprende pronto el sentido de lo que se le quiere enseñar y no lo olvida jamás. Muchos de los ejercicios acrobáticos que les vemos hacer no les han tenido que ser enseñados por su maestro, pues ellos los practican expontáneamente y por su propia iniciativa cuando viven en estado salvaje. En efecto, si pudiéramos observar una manada de elefantes en estado de tranquilidad mientras reposan y se divierten, nos haría el efecto de que estamos contemplando la función de un circo, pues las piruetas y cabriolas que por su natural voluntad ejecutan dan la impresión de que les han sido enseñadas.

## EL NIÑO ABANDONADO

(DOLORA)

El niño abandonado
recibió la caricia sin agrado.
Al infeliz, aquello parecía
que el mundo su dolor compadecía.

No es compadecimiento lo que quiere
quien de tristezas y dolores muere.
El dolor lo que pide es un amigo
que le ayude y le diga: «Ven conmigo».

«Yo te daré la mano.
Abrazados crucemos el camino».
Eso es amor humano
y eso es amor divino.

*Amar a Dios de todo corazón, amar al prójimo como a sí mismo, no querer para otro lo que no se quiere para sí, no es una filosofía muy complicada que se diga; es sin embargo, todo la filosofía, toda la moral y toda la religión.*

*Un niño bien penetrado de estas verdades, si está decidido a practicarlas toda su vida, será un hombre honrado y útil a su patria y a la humanidad.*—C. Frontaura.

## SABER ESTUDIAR

Andresito es un niño
tan cachazudo,
que antes de dar un paso
lo piensa mucho...
—¿Por reflexivo?
¿No tal; ni mucho menos:
¡por indeciso!

Nunca en lo que discurre
tiene fijeza;
jamás está seguro
de lo que piensa...
dudando siempre,
ni sabe lo que busca
ni lo que quiere.

Si la lección del día
se le atraviesa,
no se toma el trabajo
de resolverla;
piensa el cuitado
que cuando pase tiempo
podrá estudiarlo,

y aunque así, no saliendo
de su cachaza,
va recibiendo a pares
las calabazas,
se tranquiliza
pensando en que mañana
será otro día.

* * *

Por el contrario, es Carlos
un hormiguillo,
tan listo, vivaracho
tenaz y activo,
que busca siempre
el por qué de las cosas
que no comprende.

Si un problema difícil
pone el maestro,
le pregunta Carlitos
¿por qué es aquéllo?
y se lo explica,
y sus conocimientos
se multiplican.

Y en tanto el cachazudo,
que es indeciso,
estudia sin provecho,
siempre en el Limbo,
el estudioso
que indaga y profundiza,
llega hasta el colmo,

y son para él los premios
y los laureles,
y en su labor no para;
trabaja siempre,
hasta que un día
le corona la Diosa
Sabiduría.

Quien no imite a Carlitos
niños amados,
se quedará a la altura
del papagayo.

NOEL

## Juegos de manos

*Modo de hacer saltar a voluntad fuera de un cubilete uno de los tres cortaplumas que en él se pondrán.*

Para este juego es necesario tomar un cubilete de hojalata, porque su opacidad ocultará el medio que empleamos para hacer saltar el cortaplumas a gusto de los concurrentes.

Tomaremos un pequeño resorte de tres centímetros de ancho sobre 6 de largo, y lo sujetaremos anticipadamente con un pedacito de azúcar en el fondo del cubilete. Acto continuo, enseñando los tres cortaplumas, cuyos mangos deberán ser de distinto color, preguntaremos cual de ellos es el que se desee que salga del cubilete, cuidando de poner la punta del que se haya designado dentro de un agujerito redondo que se halla sobre la parte superior del resorte, asegurado por el terroncito de azúcar, y antes de retirar la mano del cubilete, en cuyo fondo deberá haber algunas gotas de agua, tomaremos de ésta una poca con la punta del dedo y la pondremos disimuladamente sobre el azúcar, que deshaciéndose, dejará en libertad al resorte para aflojarse y el cortaplumas. Mientras que se deshará el azúcar permaneceremos alejados del cubilete y llamaremos al cortaplumas ordenándole que salte fuera del vaso, lo que ejecutará con gran asombro de los espectadores

*Modo de imitar el canto de los pájaros.*

Toma una hoja de puerro de unas tres o cuatro líneas de ancho, poco más o menos y sobre una pulgada de largo; hazle en medio con la uña del dedo pulgar y en forma de semicírculo una escotadura en la que no dejarás más que la película blanda extreniadamente delgada que cubre la planta.

Dicha escotadura debe tener la forma de la mitad de una moneda de 50 centímetros (media peseta), y la película debe quedar enteramente limpia y sin suciedad alguna, como asimismo estar tirante y sin repeladuras en su borde, sin las cuales se imitará el graznido del cuervo. Este pequeño instrumento doblado en semicírculo se aplica al paladar, a la entrada de la superficie convexa y no hacia la cóncava. Una vez colocado de esta manera, se procura pronunciar las siguientes sílabas: uou, uou u, u, u, u, u, tchei, tchou, tchi, tchou, tchi, rou, rou, u, u, u, rou, rchi. Y entonces se imita perfectamente el canto del ruiseñor.

## SALDO DE CHISTES MALOS

¿En qué se parecen los débitos pequeños a los niños?

—En que cuanto más pequeños son, más berrean.

—

Un labrador sorprende a un muchacho subido a uno de los perales de su huerta.

—¿Qué haces ahí, granujilla?... ¿Estás robando las peras?

—No, señor; estaba viendo si podía colocar en su sitio estas que se habían caído.

—

Pepito acaba de examinarse y entra en su casa de muy mal humor.

—¿Qué tienes?...—le pregunta su papá.

—Que no me ha aprobado el profesor. Es un hombre a quien nunca satisfacen mis respuestas. Siempre dice que me quedo corto. Me preguntó cuantos dioses había, y yo le contesté que tres.

—¡Qué animal!...

—Pues mira... aún creo que le han parecido pocos...

—

Vamos a ver, hijo mío: ¿qué quieres tú ser?

—Minero, papá

—Pero hombre; no ves que los mineros están casi siempre en huelga?

—Pues por eso precisamente.

Imp. de Manuel Sintes Rotger.—Plaza del Príncipe. 17

FOLLETIN DE «EL BIEN PUBLICO»

## EL SECRETARIO

POR

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(82)

de Alemania el año pasado un amigo suyo, capitán de la marina mercante.

—¿Y qué ha sido el venirse usted?

—Dejé encargado que el chófer me llevase allá la correspondencia y entre ella se ha recibido una carta...

Detúvose un poco turbado el tutor.

—¿De urgencia?

—De urgencia, precisamente no. Pero de tal importancia que yo, no hubiese podido dormir tranquilo esta noche sin leérsela a la interesada.

—¡Ah...! Es algo mío, ¿no?

Afirmóse la voz grave del joven y, seriamente, repuso dando con su tono más solemnidad a sus palabras.

—Sí, María Victoria; es algo de capital importancia para usted y para mí; algo que merece ser pensado muy seriamente antes de dar una respuesta categórica; algo que yo tengo la obligación de decir a usted enseguida.

—Cuestión de matrimonio, me figuro...—murmuró con disgusto la de Mur.

—Efectivamente, cuestión de matrimonio. Pero por las circunstancias especiales en que usted se encuentra y por las relevantes condiciones del pretendiente, cuestión importantísima que no debe ser mirada por usted con tanta indiferencia...

—Es decir, ¿qué es absolutamente indispensable que yo me case?

—A menos que piense usted entrar en un convento, o que tenga el deliberado propósito de acabar con la sucesión directa del ducado de Mur y demás mayorazgos—respondió con irónico tono el tutor.

—Y si lo tuviese... ¿qué?

Era un reto, con tal aplomo y fortaleza dicho, que Estrada se convenció de que la lucha con la enérgica muchacha sería desastrosa para el que la intentase y que, fuese cual fuese el proyecto a que quería ajustar su conducta, sabría realizarlo, pese a los obstáculos que se presentasen para entorpecer su realización. Y así fué qué, eligiendo el camino de la dulzura y de la persuación, suavizó la voz repentinamente.

—Entonces no conocería sus deberes; los deberes que le impone a usted el ilustre nombre que lleva.

—Nada más saben ustedes que hablarme de deberes. Mi pobre padre ya lo hacía así.. «La raza, la gloria de la estirpe, el abolengo, el blasón...» Está bien. Pero... ¿acaso no tengo yo derechos como cada hijo de vecino? Y si los tengo, ¿cómo es que ustedes no los toman en cuenta, siquiera para dejarme en libertad de elegir a quien me plazca?

Nadie trata de negar a usted tal derecho. Debe usted elegir; pero es que usted parece haberse encerrado sistemáticamente en una ina terable negativa.

—Bien: no discutamos. Dígame usted el nombre de ese fénix de los pretendientes.

—Se trata de un muchacho de apenas treinta años, sin familia próxima, que lleva uno de los títulos más ilustres de la aristocracia austriaca; que posee un patrimonio que en nada desmerece del que usted ha heredado de su madre, primero, y de su padre después; que goza del favor de ciertas augustas personalidades y que ya tuvo el honor, hace dos años, de solicitar su mano...

—Verde y con asas... El príncipe Doertnitz.

—Sí.

—Bueno...—murmuró la de Mur, después de una pausa que al tutor se le antojó un siglo.

—Me escribe solicitando su mano... Usted dirá qué debo contestarle.

María Victoria no contestaba. Le ahogaba la ira, le sublevaba la idea de que aquel hombre, que sabía de sobra a qué atenerse respecto a sus sentimientos, la hiciese semejante pregunta.

Gonzalo Estrada conocía demasiadamente el cariño que ella sentía por él. Su impasible corrección, ¿era desprecio o sacrificio?

Mientras ella callaba, rumiando su indignación, él temblaba esperando su sentencia, pero dispuesto a cumplir, hasta última hora, caballerescamente, con lo que estimaba su deber.

La luna, muy alta ya, iluminaba con toda su potencia el cielo, de un intenso azul, sobre el cual millares de estrellas titilaban estremecidas; el río cantaba su eterna canción, madrigal murmurante de ternezas, y la brisa que subía del mar agitaba los anchos abanicos de las palmeras.

—Conteste usted... lo que se acostumbra a contestar en tales casos, cuando no se admite la demanda—dijo secamente.

Cerró los ojos Gonzalo Estrada... El cielo con sus luces múltiples y la tierra con sus rumores mágicos, comenzaron a rodar ante él vertiginosos. En sus oídos zumbaron confudidos el cantar del río, el balido de los recentales, el rasgueo de las guitarras lejanas, la sirena de un auto que debía cruzar raudamente la pista de la carretera, las notas dulcísimas de una sonata de Mozart que su hermano arrancaba al piano magistralmente...

María Victoria le miró sonriente y animosa. Había triunfado... Ahora estaba cierta del amor de Gonzalo Estrada. Entonces... se sacrificaba... ¿Por qué, si ella le quería?

—¡Qué locura! ¡Rechazar a un hombre como el príncipe Doertniz!—murmuró lentamente Estrada.

Ministerio de Cultura 2011